

Las colinas en los espacios simbólicos de las ciudades

Elevations in the symbolic space of cities

Clemente Herrero Fabregat
Universidad Autónoma de Madrid

Resumen: Las ciudades han sido estudiadas desde diferentes perspectivas geográficas. La Geografía simbólica, variante de la geografía humanista estudia los espacios urbanos analizando los significados que tienen para los grupos sociales. En este artículo se analizan los presupuestos generales de la Geografía simbólica, las características de los espacios simbólicos y más detalladamente el valor significativo de las colinas en las ciudades.

Palabras clave: ciudad, espacios vividos, vida cotidiana, simbolismo, colinas simbólicas.

Resumo: As cidades podem ser estudadas de diferentes perspectivas geográficas. A geografia simbólica, uma variação da geografia humanista, estuda os espaços urbanos analisando os significados atribuídos pelos diferentes grupos sociais. Neste artigo são analisados os pressupostos gerais da Geografia simbólica, as características dos espaços simbólicos e mais detalhadamente, o valor significativo das colinas das cidades.

Palavras-chave: cidade, espaços vividos, vida cotidiana, simbolismo, colinas simbólicas.

Abstract: Cities can be studied from different geographical perspectives. Symbolic geography, a branch of humanist geography, investigates urban space analyzing the different meanings it has for different social groups. This article focuses on the basic analytic foundations of symbolic spaces and more clearly on the significant values of elevations in cities.

Key words: city, lived spaces, everyday life, symbolism, symbolic elevations.

INTRODUCCIÓN

Las ciudades han sido estudiadas desde diferentes perspectivas: culturales, históricas, artísticas, geográficas. Raoul Blanchard escribió en 1911 un primer estudio de geografía urbana, titulado Grenoble, étude de géographie urbaine, publicado en París por Armand Colin. A este trabajo de marcado carácter historicista y regionalista, que puede enmarcarse en la escuela francesa organizada alrededor de Vidal de la Blache, le han seguido muchos desde la perspectiva historicista destacando el manual titulado

Tratado de geografía urbana de J. Beaujeu-Garnier y G. Chabot. Con el desarrollo del neopositivismo lógico se inician obras desde la perspectiva de la Nueva Geografía tales como Análisis locacional en Geografía Humana de Peter Hagget; también del mismo autor La geografía y los modelos socio-económicos; la base de los mismos hay que encontrarla en la obra clásica de W. Christaller (1933) sobre la Teoría de los Lugares de Alemania Central que posteriormente fue modificada por Lössch (1954).

A estos modelos matemáticos les siguen estudios con marcado carácter político y

social que se pueden enmarcar en la geografía radical como los libros de Harvey Urbanismo y desigualdad social o Castelles La cuestión urbana, realizados desde una perspectiva marxista renovada. Paralelamente aparecen unos estudios sobre la ciudad en los que intervienen factores visuales iniciados con la obra clásica de Lynch La imagen de la ciudad, destacando los libros de Antoine Bailly, (1979), La percepción del espacio urbano, Madrid, y el de Constancio Castro, La geografía en la vida cotidiana. Esta perspectiva psicológica dio paso a trabajos con carácter eminentemente humanístico y simbólico como el de Joan Nogué -(1985), Una lectura geográfico-humanista del paisaje de la Garrota; destaca también la compilación de Aurora García Ballesteros, Geografía y Humanismo, con un capítulo de Carlos Buero “Cambio, tiempo y topofilia”. Esta última forma de analizar la ciudad ha dado paso a trabajos multidisciplinares sobre los espacios simbólicos como el de Rapoport “Simbolismo y diseño del entorno”, en la obra dirigida por el mismo Aspectos de la calidad del entorno, Barcelona, La Gaya Ciencia.

Por tanto, un modelo de análisis social y subjetivo está constituido por los análisis simbólicos de los lugares al que vamos a dedicar este artículo, partiendo de la imagen de la ciudad se va a analizar un nuevo enfoque, el simbólico basado en la corriente humanista. Por ello se analizará primeramente los presupuestos de la geografía simbólica, para pasar posteriormente a ver las características de los espacios simbólicos de una ciudad, y más específicamente el valor que dentro de estos enfoques tienen las colinas urbanas.

PRESUPUESTOS GENERALES DE LA GEOGRAFÍA SIMBÓLICA

La geografía simbólica hunde sus raíces en la denominada geografía humanista, puede considerarse como una variante de la misma. La introducción de factores psicológicos por parte de la geografía del comportamiento

y de la percepción, supuso abrir un nuevo campo de investigación geográfica que abarca aspectos desconocidos hasta ahora por el geógrafo.

DE LAS IMÁGENES A LOS ESPACIOS VIVIDOS.

Lynch definía tres características básicas de la imagen ambiental referidas al espacio urbano: identidad, estructura y significado. De ellas, en un principio, sólo analiza las dos primeras y considera el significado ambiental como un tema extremadamente complejo hasta el punto de considerarlo, a nivel de análisis, independiente de la forma física del objeto urbano. La crítica sobre la falta de atención al significado simbólico del espacio hecha al trabajo de Lynch fue, en parte, recogida en algunos de sus trabajos posteriores al de 1960. Por ejemplo, al estudiar los criterios sobre el diseño de autopistas (LYNCH Y APPEYARD, 1966) se hace referencia a que en su construcción debe establecerse una carga simbólica que oriente al conductor para evitar la monotonía. Sin embargo, será en sus últimos artículos cuando Lynch retomará el tema del significado del espacio que será la base de una identificación del grupo o de la persona ya que las imágenes deben conectar al ciudadano con el lugar, mejorando el significado de la vida diaria y reforzando la identidad del grupo y de la persona. Las imágenes suministran símbolos y asociaciones fuertes con un lugar que facilitan la comunicación entre los individuos que participan de un entorno común:

el hecho de que las representaciones mentales de ciertos lugares conocidos, lugares de encuentro, o barrios especiales pueden resultar compartidas sugiere que los mapas cognitivos no tan solo sirven a nivel individual sino que también son susceptibles de jugar un importante rol social o interpersonal (KRUPAT, 1985, p. 71).

Por tanto, a partir de la imagen se abrió un nuevo camino en la relación entre la ciudad y sus habitantes llegando a la consideración de

que las diferentes imágenes de la ciudad y sus elementos tienen una estructura simbólica. De aquí se pasó

al análisis del carácter de los símbolos y, finalmente, al de su valoración, habiéndose llegado a un campo lleno de posibilidades pero también de incógnitas: el de la semiótica urbana (BOSQUE MAUREL, 1986, p. 273).

De esta forma se entra en una corriente del pensamiento geográfico denominada geografía humanista. En ella se destacan los aspectos humanos, los significados, valores, objetivos y propósitos de las acciones humanas. Esto supuso una reacción al enfoque, abstracto, mecanicista y determinista que del hombre daba la geografía cuantitativa. La geografía humanista propone un enfoque comprensivo que permita el conocimiento empático a través de la experiencia vital concreta. Significa, así mismo, un rechazo de la ciencia tecnocrática, cuantitativa y analítica, que exalta la técnica, glorifica los números y divide los problemas. Frente a ello postula un enfoque globalizador y subjetivo, en el que la intuición vuelve a tener otra vez una función cognitiva. Al proponerse como objetivo

una mejor comprensión del hombre y de su condición la geografía humanista se distancia de las ciencias de la Tierra con lo que estos autores vuelven de nuevo al típico dualismo historicista (CAPEL, 1981, p. 443).

Este enfoque geográfico supone profundizar en una Geografía de los espacios vividos que insistirá sobre la significación de las imágenes replanteándose la trascendencia de lo percibido por el hombre, actor e intérprete del espacio, así como se ocupará de los frutos de su comportamiento en la transformación y adecuación de ese espacio (BOSQUE MAUREL, 1979).

Según el geógrafo chino Tuan la Geografía humanística examina los fenómenos geográficos con el definido propósito de alcanzar una mejor comprensión del hombre y su condición. Así, pues, su objetivo último

no es el propio de una ciencia de la tierra, sino que pertenece a las humanidades y a las ciencias sociales, ya que todas comparten la esperanza de ofrecer una imagen adecuada del mundo humano; éste enfoque geográfico pretende comprender el escenario que nos rodea al estudiar las relaciones de las mismas personas así como sus sentimientos e ideas con respecto al espacio y al lugar. Por esta razón, la vida cotidiana en la ciudad es lo que interesa al geógrafo humanista, hundiendo sus raíces en dos corrientes filosóficas, la fenomenología y el existencialismo. La primera puede considerarse la teoría de la esencia ya que absteniéndose de toda especulación se limita a describir las realidades directas. Para Ferrater Mora esta corriente filosófica aprehende puras significaciones en cuanto que son simplemente dadas y tal como son dadas. Por ello el conocimiento, según esta corriente filosófica, no se adquiere solamente mediante el método científico, sino que los seres humanos, en el acto mismo de experimentar la vida, llegan a un conocimiento relacionado con esas experiencias; se trata de un conocimiento intuitivo y no sistematizado. Básicamente la aportación fenomenológica a la Geografía humanista es el concepto de *lebenswelt* o mundo vivido por la persona.

El existencialismo afirma que el hombre es un ser arrojado al mundo, que se hace así mismo. El hombre está entre las cosas, según la descripción de Heidegger, andando entre ellas, de un modo práctico e interesado, las cuida y se preocupa por ellas. Entonces las cosas se convierten en “útiles” que “están a la mano”. De este modo, el hombre crea lo único que constituye su “verdadero mundo”, un conjunto de relaciones de los útiles entre sí y respecto al hombre. Se constituye el espacio humano del mundo: direcciones, cercanías, caminos, parajes...de los diversos útiles que están a la mano, y que por tanto han dejado de ser simples cosas “ante los ojos”. El hombre, pues, está en el mundo creándolo como su mundo. Y más que decir que el hombre es un ser espacial hay que decir que es “espacializante”, es él quien crea su

propio espacio entre las cosas. De esta forma se introduce el mundo subjetivo y creado por las personas, concepto que enlaza plenamente con la geografía humanista.

La ciudad para la geografía humanista es un espacio vivido en el que el hombre se desarrolla como ser humano que siente y sufre. Interesan las vivencias de la persona; por ello, la geografía humanista se centra en los aspectos psicológicos y sociales y en fijar lo que de personalidad y caracteres propios tiene el lugar, no interesan los espacios en abstracto sino los lugares vividos y sentidos. Bloomer y Moore en un sugestivo libro titulado *Cuerpo, memoria y arquitectura* afirman que es necesario entender la manera en que los individuos y las comunidades se ven afectadas por los edificios, en qué modo estos proporcionan a las personas sentimientos de gozo, identidad y lugar, ya que

rara vez se ha atendido a la capacidad perceptiva y emocional específica del ser humano, incluso en el caso de los historiadores más interesados en las influencias de la cultura en general sobre las formas construidas y ambientales. Los temas relacionados con el gozo y la belleza casi siempre se han visto como cuestiones anticuadas y arbitrarias a la luz cegadora de las invocaciones al progreso técnico en el diseño y en la producción de edificios (BLOOMER, 1983, p. 9)

El espacio geográfico se convierte en un espacio vivido por el hombre en el que, según Tuan, los monumentos, obras de arte, ciudades o naciones son lugares porque lo organizan y constituyen centros con significación para el hombre. La relación que liga al hombre con el lugar se da a través de cuatro mecanismos: la topofilia (amor al lugar), la topoidolatría (idolatría a un lugar), la topofobia (rechazo de un lugar) y la toponegligencia (indiferencia hacia un lugar). Con esto se introduce en el campo geográfico el concepto de la empatía, término acuñado por Vischer en 1872. Dicho filósofo la veía como una cualidad casi mística y hablaba de la unión emocional que se produce entre la persona y un objeto exterior. Al observar que también la experiencia

de objetos absolutamente abstractos podía despertar los sentimientos (igual que las tormentas, las puestas de sol o los árboles) avanzó la hipótesis de que la empatía con los objetos tiene lugar cuando proyectamos sobre ellos nuestras emociones personales.

En este sentido el objetivo del geógrafo es comprender el espacio. Se da una vuelta al historicismo, al paradigma ecológico y al método inductivo pero de una forma diferente. Desde la perspectiva geográfica se pretende realizar un trabajo de campo experiencial que coincide con la observación participante del enfoque ecológico en educación. Ambos pretenden escrutar el mundo vivido del individuo.

Por tanto, al analizar el lugar hay que comprender el espacio a través del contacto directo con los hechos, por ello la Geografía humanista debe conocer mejor los mecanismos afectivos y las relaciones visuales y emocionales hacia la naturaleza, se trata de llegar a la noción de mundo vivido, que según García Ramón, se puede definir “como una amalgama de hechos y de valores que abarcan la experiencia personal” (GARCÍA RAMÓN, 1985, p. 220). Serán por tanto los factores psicociológicos los que contribuyen, incluso más que los topográficos, a entender o no el espacio de vida y acompañándose de sensaciones perceptivas y afectivas que llevan indefectiblemente a un sentimiento de apropiación íntima. (METTON, 1974, p. 228).

Para una mejor comprensión de los lugares se ha de dar una observación participante a través del contacto directo con los hechos mismos que excluye hasta cierto punto la objetividad e implica un cierto nivel de subjetivismo por lo que se procura una revalorización de la inducción y del empirismo. La idea central de la participación es la penetración de las experiencias de los otros en un grupo o institución,

Al participar se actúa sobre el medio y al mismo tiempo se recibe la acción del medio. Pero debemos tratar de combinar la profunda implicación personal

con un cierto distanciamiento. Sin esto último, se corre el riesgo de volverse nativo, es decir, de identificarse hasta tal punto con los miembros que la defensa de sus valores prevalezca por encima de su estudio real. Lo que nos preserve de este peligro es el tomar cuidadosas notas de campo, y una actitud reflexiva capaz de alertarnos acerca de nuestros propios cambios de opinión o puntos de vista. La extensión del compromiso, las reacciones y los cambios del observador, todo ello se convierte en parte de la explicación (WOODS, 1989, p. 50).

Esta observación exige una cierta limpieza de los propios procesos de pensamiento, junto con la necesidad de convertir al grupo en algo antropológicamente extraño, entonces se estará más abierto a las opiniones de los demás. Respecto a esta observación participante Woods recoge el ejemplo de Yablonsky en su investigación sobre los hippies:

a una cierta altura de la investigación decidí que era para mí de vital importancia tener la experiencia personal de determinadas pautas básicas del comportamiento hippie, a fin de sintonizar verdaderamente con lo que realmente ocurría. Embarcado en esta empresa, decidí, cuando se me presentó la oportunidad, que para mi investigación era decisivo aunque participara en ciertos actos que entraban en conflicto con los valores vitales básicos de un profesor de clase media y en general respetuoso de las leyes (YABLONOSKY, 1968, p. 13).

La moderna psicología ecológica analiza no las influencias del medioambiente en el hombre, sino al hombre como parte de ese medio ambiente.

PROCESO DE SIMBOLIZACIÓN DE UN ESPACIO.

Hay un proceso de simbolización del espacio geográfico fruto del cual ciertos lugares adquieren un determinado significado. En este sentido, el significado de los lugares, los espacios vividos íntimamente por el hombre en un sentido integral nos lleva al objetivo final de la geografía humanista, que según Anne Buttimer es el desafío último verdaderamente personal, que permite tanto la emoción como

el pensamiento, tanto la pasión como la razón que conduzca a una comprensión de uno mismo y a una comprensión del mundo.

De esta forma se entra en el mundo de los símbolos, y, más específicamente de los urbanos. Se puede considerar como símbolo una imagen, figura o divisa con que materialmente o de palabra se representa un concepto moral, intelectual o social por alguna semejanza o correspondencia que el entendimiento percibe entre este concepto y aquella imagen.

Lo significativo del símbolo es su función, es una cosa que no hace referencia a sí misma sino que remite a otra. No importa que cosa sea el símbolo. Puede ser un objeto material, una palabra, un sueño, una imagen, una narración. De ahí que comprender el símbolo implique siempre percibir dos elementos: el símbolo, y aquello que el símbolo significa (MÉLICH, 1998, p. 63).

El “significado” del símbolo se agota en el propio símbolo. Todo intento de “traducir” lo que el símbolo significa a otro lenguaje que no sea el mismo símbolo es iniciar un proceso de desimbolización que acabará con la muerte del símbolo. Este proceso es el que se inicia en el pensamiento occidental con el racionalismo de Descartes, y alcanza sus máximas cotas en el positivismo de Comte. Por otro lado, el neopositivismo del Círculo de Viena y el estructuralismo son hermenéuticas reductivas, intentos de reducir lo simbólico a lo signico.

El símbolo, para la tradición antigua, es fundamento de todo cuanto existe, arquetipo que vincula existir con ser. Los primeros espacios simbólicos son los sagrados ya que el hombre, desde tiempos inmemoriales, ha configurado espacios que fueran el reflejo de su fe en una ordenación suprapersonal. Estos espacios, lejos de mediatizarle, le potencian en la parte más noble y auténtica que todavía conserva: la parte oral, intelectual o espiritual. Esto es así, porque en un espacio consagrado y simbólicamente delimitado confluyen las estructuras económicas, políticas y sociales que dan identidad al hombre frente a las

fuerzas descontroladas de la naturaleza. Es decir, hacen del mismo una primera culminación civilizatoria. En este sentido cabe mencionar la noción de espacio sagrado de Eliade (1983) según la cual se organiza una oposición fundamental entre el espacio habitado (sagrado) y el espacio no habitado (profano). La estructuración del espacio equivale a su consagración, adoptando un valor mítico que lo sitúa como centro del mundo. Como comenta González Alicantud, desde la perspectiva antropológica,

una muralla no indica sólo una defensa militar, sino igualmente una definición simbólica entre dos universos: el orden y el caos. El orden representado por la civilización, y el caos del mundo exterior, de lo salvaje (AGUIRRE, 1993, p. 230).

La capacidad de simbolizar es uno de los comportamientos humanos creadores de cultura.

Cuando alguien, en el ámbito personal, vive una experiencia intensa, cargada de emoción, identifica esa vivencia en algún elemento del espacio físico que le rodea. Ese elemento físico se asocia con la experiencia y se convierte en símbolo para la persona en cuestión. Cuando este acto de simbolizar se realiza colectivamente, se está creando cultura. Una cultura es un conjunto de significados simbólicos compartidos, comunes. Para que puedan hacerlo hay que darles monumentos y para que quieran hacerlo hay que darles eventos (AYLLÓN, 1993, p. 146).

Por ello, puede considerarse como simbólico un espacio determinado sobre el cual un individuo o grupo ha depositado una determinada carga de significaciones, emociones o afectos, como consecuencia de su bagaje cultural-ideológico, de su pasado ambiental y de las interacciones que ese espacio mantiene con los otros individuos o grupos sociales. Ya que si se considera que todo espacio construido es, por encima de cualquier otra consideración, un producto social, un espacio será simbólicamente más potente, no necesariamente cuantos más individuos compartan unos mismos significados, emociones o afectos referidos

a ese espacio, sino cuanto más claramente estén definidos estos significados, emociones o afectos por el grupo social en relación con ese espacio. En líneas generales en el proceso de dar significados a un lugar intervienen dos elementos:

1º. Las posibilidades técnicas y materiales que se canalizan y contienen en estructuras y sistemas económico-sociales, que podríamos pensar que rigen la construcción de la ciudad.

2º. La organización de índole psicológica y cultural.

Ambos hay que interaccionarlos ya que los últimos sólo se comprenderán teniendo en cuenta los porqués socioeconómicos. Únicamente se comprenderá el peso de los factores psicológico-culturales teniendo en cuenta los económico-sociales, que son tan responsables como los expresivos, significativos o simbólicos de la imagen que presenta ese conjunto “visual” que es el paisaje. Desde la perspectiva simbólica interesa lo que de personalidad y carácter propio que tiene el lugar. Para ello hay que tener en cuenta dos elementos: el tipo de vida, el *lebenswelt* de los fenomenólogos, que se desarrollaba en un momento dado (fiestas, paseos, recepciones, etc.) y los elementos físicos del paisaje (edificios, paseos, fuentes, alamedas, etc.) en los que se escenificaba este tipo de vida. Estos dos elementos contribuyeron dialécticamente a la caracterización de la zona, conformando con el tiempo un lugar dotado de contenidos, que proporcionan una atmósfera y personalidad singulares. Esta personalidad se liga a como siente y concibe el paisaje la sociedad del momento, que lo hará en función de lo que ve, pero también de los que sabe, de modo que las formas físicas y la vida cotidiana que se dan allí han de incluir las trazas interiores de los edificios y los acontecimientos que suceden en ellos, en una relación cuyos resultados para la semiótica del lugar se enmarcaría en lo que Bachelard denominó “la dialéctica de lo de dentro y de fuera”.

Para comprender la relación emocional

y empática con los lugares hay que acudir a unas fuentes, que se separan de las clásicas en Geografía. Joan Nogué (1985) en su libro *Una lectura geográfica-humanística del paisatge de la Garrotxa* utiliza básicamente la literatura, la fotografía y el análisis de cinco grupos de experiencia ambiental, a los que se pueden añadir la literatura y el arte. Los trabajos de campo experienciales en Geografía puede realizarse a base de entrevistas personales que no estén sujetas a los esquemas rígidos propios de la geografía de la percepción y del comportamiento.

La entrevista debe ser libre, informal, espontánea, sin limitaciones de tiempo ni de temas, al ritmo de la persona entrevistada y, a ser posible, en su propio medio, rodeado del paisaje que normalmente contempla. El entrevistador debe establecer una relación profunda y sincera con la persona entrevistada, de tal manera que ambos se “embarquen” juntos hacia una exploración conjunta del mundo vivido e, incluso, lleguen a intercambiar papeles. Se produce, por tanto, una inmersión del geógrafo fenomenológico en la investigación (NOGUÉ, 1992, p. 92).

Por esta razón es imprescindible grabar la entrevista con magnetófono sin que esto signifique un freno al entrevistado, aunque se deja sin escrutar una serie de aspectos importantes tales como la gesticulación, la mirada, las conversaciones fuera de la entrevista, etc. que pueden ser captados con una cámara de video.

Respecto a la arquitectura y escultura Lefebvre considera que el verdadero monumento tiene un carácter significativo y simbólico inagotable, tiene una multiplicidad de sentidos. Precisamente el carácter unitario del texto urbano posibilita que los símbolos espaciales se conviertan en elementos imprescindibles de la vida cotidiana urbana, como punto de referencia básicos que reflejan la esencia de la vida social.

Rostros, monumentos, símbolos introducen profundidad en la vida cotidiana. En el espectáculo de lo cotidiano y en la participación de los individuos en la vida son nudos, centros, puntos de penetración a algo más profundo que la trivialidad

reiterativa, de la que sin embargo no se separan un ápice” (LEFEBVRE, 1971, p. 85).

Por ello, es necesario recuperar el concepto de monumento como elemento que va más allá del aspecto meramente funcional, con un carácter simbólico, estético y cultural. En este sentido, el autor apuesta decididamente por una reivindicación de los aspectos simbólicos del espacio urbano que faciliten el de una cotidianidad espontánea de los individuos en un entorno urbano planificado de forma “intencional, reflexionada y racional” (LEFEBVRE, 1971, p. 174). A esto corresponde la idea de monumentalizar la ciudad, aunque este proceso tropieza con un fuerte problema: se monumentaliza a partir de las asociaciones simbólicas idiosincrásicas del arquitecto y no desde las asociaciones simbólicas compartidas por los urbanitas, aspecto este que ha sido tratado por Rapoport (1974).

Sobre las fuentes literarias afirma Tuan que

la contribución de la geografía humanística a la ciencia radica en descubrir materiales que el científico puede no ver al estar confinado dentro de su propio entorno conceptual. Estos materiales incluyen la naturaleza y la gama de la experiencia y el pensamiento humano, la calidad e intensidad de una emoción, la ambivalencia y ambigüedad de los valores y actitudes, la naturaleza y poder del símbolo, y el carácter de los acontecimientos, intenciones y aspiraciones humanas. Un científico social probablemente podría aprovechar la lectura de biografías, historias, poemas y novelas, considerándolas documentos humanos, pero con frecuencia son demasiado densas y específicas como para sugerir posibles líneas de investigación. Una de las funciones del geógrafo humanístico es la de intermediario intelectual: toma esas pepitas de experiencia parecidas a las que el arte captura, y las descompone en temas más simples que pueden ser ordenados de forma sistemáticas (Recogido por BOSQUE, TUAN, p. 174).

LA ESTRUCTURA SIMBÓLICA DE LAS CIUDADES

Un espacio simbólico urbano será aquel elemento de una determinada estructura

urbana capaz de simbolizar alguna o algunas de las dimensiones relevantes de esta categoría, y que permite a los individuos que configuran el grupo percibirse como iguales en tanto en cuanto se identifican con este espacio así como diferentes de los otros grupos en base al propio espacio o a las dimensiones categoriales simbolizadas por éste. Así, determinados espacios pueden tener la propiedad de facilitar procesos de identificación social urbana y pueden llegar a ser símbolos de identidad para el grupo asociado a un determinado entorno urbano. Hay, pues, una relación entre los espacios simbólicos y la identidad urbana, a mayor intensidad de los mismos existen mayores raíces en la identidad urbana.

CARACTERÍSTICAS DE LOS ESPACIOS SIMBÓLICOS URBANOS

Los espacios simbólicos urbanos deben ser prototípicos, significativos que evolucionan en el tiempo, tener capacidad para ser imaginables y constituirse en plataformas de relaciones sociales en función de sus significados.

1º. Para que un espacio simbólico pueda ser considerado como tal es condición necesaria que sea percibido por los individuos del grupo como *prototípico*, es decir, paradigmático o representativo de la categoría urbana sobre la cual se fundamenta la identidad social urbana del grupo. El carácter prototípico de un determinado espacio urbano es el resultado del conjunto de significados socialmente elaborados y compartidos, que son atribuidos a ese espacio por parte del grupo de individuos que se definen en base a la categoría urbana que el espacio simbólico representa.

2º. Por estas razones el espacio simbólico debe tener definidos con gran claridad los *significados* que le dan los grupos sociales a este espacio. Debe tener un determinado número de significados compartidos y comunes que surgen entre los sujetos que se relacionan con un espacio o un elemento de ese espacio. En este sentido son heterogéneos

ya que los diferentes grupos que ocupan un determinado entorno urbano pueden dar diversas significaciones, según su estructura socio-económica, y atribuir diferentes dimensiones derivadas de las diferentes interpretaciones de cada grupo.

Por tanto, la simbolización de un determinado espacio urbano vendrá determinada principalmente por el conjunto de significados socialmente elaborados y compartidos, que son atribuidos al mismo por parte del grupo de individuos que se definen en base a la categoría urbana que el espacio simbólico representa. Un espacio simbólico urbano ha de procurar a los sujetos una imagen ambiental nítida, específica y bien estructurada, a la vez que ha de detentar un significado simbólico con un contenido relevante para los grupos de la comunidad urbana implicada; debe estar claramente definido, contar con un grado de complejidad o riqueza simbólica tal que permita definirse a los diferentes grupos sociales pertenecientes a esa comunidad.

Grandes espacios simbólicos con un único significado suelen ser los centros religiosos o políticos como la Plaza de San Pedro en Roma, La Meca en Arabia, el santuario de Montserrat en Cataluña o Guernica en el País Vasco.

3º. Estos significados *evolucionan en el tiempo*, aspecto importante para conocer si la carga simbólica de un primitivo espacio ha permanecido reforzando su carácter inicial o ha cambiado por la introducción de un nuevo hecho espacial. Si las características significativas del nuevo hecho entran en consonancia con las existentes, el carácter queda reforzado. Si no es así, puede perder intensidad, incorporar facetas distintas o mudar su sentido general. Por ello, es importante comprender lo que explica la aparición de los hechos espaciales, y sobre todo, cual es el papel que desempeña en esto el paisaje y su "personalidad". El paisaje sufre las alteraciones que la sociedad le imprime, o más exactamente que le imprimen los grupos sociales que tienen capacidad para ello. El

nuevo hecho espacial será el resultado de:

- a) La imbricación en el paisaje del grupo que realiza la modificación.
 - b) Las características socioeconómicas de la zona, que facilitarán o dificultarán un tipo u otro de intervención.
- Se conectan con la coyuntura y estructura económica del momento.

Hay que tener en cuenta que en cualquier paisaje se puede efectuar una transformación, pero ésta se verá matizada por su sustrato significativo ya que el espacio ofrece un conjunto de significados no determinantes pero sí condicionantes. Esto nos permite establecer un *neoposibilismo simbólico* (BUERO, 1992) ya que el contenido de las significaciones de los componentes que explican el carácter del lugar pueden interpretarse en función de todo lo anterior. El paisaje, por tanto, está ofreciendo unas posibilidades significativas específicas que facilitan o dificultan la concordancia con las preferencias que rigen nuestras acciones.

Un ejemplo de reforzamiento de los significados anteriores lo tenemos en el Paseo del Prado de Madrid, está trazado sobre el antiguo arroyo del bajo Abroñigal tiene su continuación por el paseo de Recoletos y la Castellana. Desde el siglo XVI hasta la actualidad ha sido una zona de recreo personal y posteriormente asentamiento de la investigación y cultura.

El espacio puede transformarse o incluso desaparecer físicamente pero el significado simbólico puede mantenerse o ser traspasado a otros espacios. Como ejemplo de esta última afirmación, Stoetzel (1966) cita un interesantísimo trabajo de Halbwachs (1941) en el cual se analiza cómo los lugares sagrados considerados simbólicos para el cristianismo han ido cambiando de ubicación a través de la historia siguiendo leyes de concentración, de parcelamiento o fragmentación y de dualidad, y ello sin detrimento de su valor simbólico. Así por ejemplo, el lugar donde Juan bautizaba en el Jordán ha cambiado de orilla, evitando así una travesía; en Jerusalén, sobre la colina de Sión, se encuentran reunidas

las localizaciones del Cenáculo, de la tumba de David, de la casa de Caifás, del Tránsito de la Virgen y otros muchos recuerdos; por otro lado, se mantienen dos casas de Caifás, dos prisiones de Jesús o dos Vías dolorosas. En definitiva, parece ser que el valor simbólico asociado a un lugar es resistente a su desaparición o localización geográfica, sobre todo cuando la función principal consiste en plasmar y fortalecer la memoria colectiva y la identidad de un grupo social.

4º. El simbolismo de un espacio, se basa, evidentemente, en la *imagen* que se tiene del mismo, por ello, la "imagen ambiental", en términos de Lynch, es un factor a considerar como determinante de las características de un espacio simbólico. Así pues, un espacio simbólico urbano ha de contar con unas características físicas y estructurales tales que tengan la capacidad de proporcionar a los sujetos una imagen mental vigorosa, vívidamente identificada y poderosamente estructurada, es decir, ha de tener "imaginabilidad" (LYNCH, 1960). Imaginable es la Plaza de San Pedro, La Meca, el monasterio de Montserrat, el árbol de Guernica.

5º. Un espacio simbólico urbano representativo de un determinado grupo o comunidad puede ser definido también a través de las *prácticas sociales* asociadas al mismo. A través de la evolución de dichas prácticas asociadas a un espacio, éste se convierte en significativo para la comunidad implicada. Al mismo tiempo, los significados atribuidos al espacio determinan y modulan las prácticas sociales que se desarrollan en él o en torno a él. En este caso, las posibles distorsiones provocadas por las discrepancias entre el significado simbólico de un determinado espacio y las prácticas sociales características del grupo o comunidad implicadas en él pueden afectar al valor simbólico de este espacio.

Para Castells (1972), las prácticas sociales se encuentran directamente relacionadas con las determinantes ideológicas de una sociedad. Un espacio simbólico urbano

puede fundamentar su significado en base a la dimensión ideológica de una identidad social urbana. Los valores ideológicos o políticos que caracterizan a un determinado grupo pueden verse plasmados en determinados espacios ya que éstos reflejan un determinado grupo de los valores ideológicos o políticos predominantes en una sociedad. Hay que destacar, también, el papel que juegan determinados espacios en el ámbito de los movimientos sociales. Efectivamente, de igual forma que todo movimiento social necesita algún líder visible que aglutine y represente la manera de pensar y sentir del grupo, frecuentemente estos fenómenos suelen presentar algún tipo de referente espacial, algún espacio que, convertido en símbolo, recoge los sucesos, valores y significados que caracterizan a un *movimiento social*. La Bastilla, la Plaza Roja o, más recientemente, la Plaza de Tiananmen son algunos ejemplos de cómo determinados lugares se cargan simbólicamente del significado que caracteriza a un movimiento social. Este es el caso de San Pedro, La Meca, Montserrat, el árbol de Guernica o la Puerta del Sol madrileña, que se constituye como el mayor centro de sociabilidad de la ciudad.

En definitiva, un espacio simbólico urbano se define en base a su dimensión simbólica, imaginabilidad ambiental, y a las prácticas sociales reflejo de una dimensión ideológica. Por tanto, un espacio simbólico tiene que ser claro, con fuertes significados, imaginables y poderosos; pero, también, tiene que tener uno o varios significados para los grupos sociales. Estos espacios simbólicos serán la base de la identidad social urbana.

Por último, no hay que olvidar que determinados espacios pueden ser también símbolos del *poder político o ideológico* imperante en una sociedad determinada y en un momento determinado. Generalmente podemos asociar este tipo de espacios simbólicos a aquellos considerados desde un punto de vista monumental. Murallas, arcos de triunfo, estatuas o edificios donde se ubica dicho poder serían ejemplos en este sentido, aunque actualmente el poder

político e ideológico se plasma cada vez más en el tratamiento artístico-monumental del espacio público urbano más cotidiano que impregna ya numerosas áreas y rincones de nuestras ciudades.

Este fenómeno es especialmente destacable en aquellos casos en que, por ejemplo, se introduce un determinado elemento espacial de carácter monumental con un significado simbólico “a priori”. Entonces puede aparecer una contradicción entre el significado asignado a ese espacio por parte de quien lo ha diseñado y la que tienen los usuarios. No obstante, un espacio simbólico “a priori” puede pasar a ser un espacio simbólico “a posteriori”, cuando los grupos sociales le dan una nueva significación no aceptando la que se dio por parte del proyectista.

Este es el caso de la plaza de la Moncloa de Madrid que después de la guerra civil fue apropiada por el poder político para crear un espacio urbano que fuese reflejo del “Nuevo Estado”. Se construyeron el Ministerio del Aire, el Monumento a los Caídos, al Arco del Triunfo y el monumento al primer vuelo entre España y Argentina, el Plus Ultra. Estos significados políticos que se le quisieron dar no fueron asumidos por los grupos sociales que al Ministerio del Aire llamaban el “Monasterio del Aire” por su parecido con el Monasterio de El Escorial. Al monumento conmemorativo del vuelo “Plus Ultra” los estudiantes que iban a la Universidad Complutense, en las cercanías, lo llamaban el “pajarraco” (HERRERO, 2005)

FUNCIÓN DE LOS ESPACIOS SIMBÓLICOS

Los espacios simbólicos tiene unas funciones muy claras respecto a las ciudades: mejorar la identidad urbana, desarrollar un sentido de pertenencia a la ciudad, y servir de núcleo de relación social, como hemos visto en líneas anteriores.

En base a los planteamientos presentados hasta el momento, podemos considerar que la función principal de un espacio

simbólico urbano es el de facilitar la génesis, consolidación o mantenimiento de la *identidad social urbana* de diferentes grupos sociales. Los espacios simbólicos urbanos contribuyen a incrementar el sentido de pertenencia de los individuos asociados a los mismos. A través de los espacios simbólicos urbanos, las personas interiorizan los contenidos de las diversas dimensiones sobre las que se fundamenta la identidad social urbana y de esta forma ésta puede mantenerse a través de las diferentes generaciones de individuos de una comunidad. Por ello, se puede afirmar que existe una relación íntima entre los espacios simbólicos y la identidad urbana ya que determinados espacios pueden tener la propiedad de facilitar procesos de identificación social urbana y pueden llegar a ser símbolos de identidad para el grupo asociado a un determinado entorno urbano. Como se ha visto, para que un espacio simbólico urbano sea considerado como tal por un determinado grupo o comunidad, ha de ser capaz de simbolizar alguna o algunas de las dimensiones más relevantes de la identidad urbana de ese grupo que atribuye significados a un espacio. Una vez cargado simbólicamente, este espacio representa las dimensiones más relevantes en base a las cuales un grupo o comunidad se identifica como tal y se diferencia de los otros grupos y comunidades a partir del propio espacio o de las dimensiones simbolizadas por éste.

Esta identidad del lugar se va desarrollando desde la infancia ya que en el proceso de socialización el niño va interiorizando una visión del mundo, de unos esquemas de significado y, en definitiva, de un universo simbólico, al moverse por escenarios cotidianos primordiales: casa, escuela, barrio, y va evolucionando y ampliando en una fase posterior al incorporar otros elementos urbanos a los que da significación y que constituyen sus espacios funcionales: domicilio, lugares de trabajo, estudio, lúdicos, compras, etc. Por ello, la identidad de los lugares es una construcción personal

ya que la persona a partir de sus experiencias directas con los escenarios físicos concretos va elaborando y remodelando las estructuras cognitivas y afectivas que definen su propia identidad de lugar.

Otra de las funciones de los espacios simbólicos es el desarrollo de la *pertenencia allugarentendida como el vínculo emocional* del individuo con determinados lugares. La relación entre el espacio simbólico urbano y los individuos facilita el establecimiento de lazos afectivos o emocionales tanto con el propio espacio como con la categoría urbana que representa, proporcionando evaluaciones positivas para los sujetos. A su vez, facilita un sentimiento de familiaridad con el entorno que puede derivar en un sentimiento de seguridad y control ambiental.

La pertenencia al lugar aparece pues en aquellos individuos para los cuales la identidad con un determinado lugar implica una visión positiva del mismo que enlaza con el concepto de topofilia analizado anteriormente. No se confina al período de la primera infancia, ya que cualquier escenario donde el individuo aprende nuevos roles y habilidades ambientales, cualquier entorno físico que enmarque alguna esfera de su vida, está sujeto al mismo nivel de análisis. En este sentido el espacio simbólico urbano facilita la estructuración cognitiva del entorno asociado a una determinada categoría urbana entendida como mapa cognitivo (LYNCH, 1960; DOWNS y STEA, 1977) o bien como representación social (MILGRAM, 1984).

El espacio simbólico en tanto que es considerado un elemento prototípico de una determinada categoría urbana, es decir, es reconocido por la mayor parte de individuos como representativo de ésta, facilita la *interacción entre estos individuos y los de otras categorías urbanas*. A través de los espacios simbólicos urbanos otros grupos pueden identificar la categoría urbana que representan y generar atribuciones hacia los sujetos de ésta.

LAS COLINAS SIMBÓLICAS EN LAS CIUDADES

Definidos los espacios simbólicos, hay que tener en cuenta factores que los pueden potenciar y que determinan situaciones predominantes como la existencia de elevaciones del terreno, caso de las colinas de las ciudades que al destacar topográficamente en las mismas pueden adquirir un especial significado. Ligadas a dichas colinas se encuentra muchas veces la fundación de ciudades con una fuerte carga mitológica. Este es el caso de las siete colinas que rodean a la ciudad de Roma que se agruparon y formaron la ciudad, sus ciudadanos practicaban ritos religiosos que sirven de nexo de unión de los diferentes grupos sociales. La ciudad nació una vez que los asentamientos comenzaron a actuar como grupo, drenando los valles pantanosos que los separaban y convirtiéndolos en mercados y foros.

En Madrid se ha intentado encontrar siete colinas, la más importantes es la del Alcázar, que está rodeada por otras dos, este conjunto ha tenido un destacado papel en la fundación de la ciudad. Lo mismo ocurre con una elevación en Porto Alegre ligada a su constitución como ciudad en la que están las construcciones urbanas más significativas. En La Habana la Universidad fue inicialmente establecida en San Juan de Letrán (La Habana vieja) antes de ser transferida el 1 de mayo de 1902 a una colina conocida como la colina universitaria que aglutina los centros y Facultades.

Colinas simbólicas en la ciudad de Madrid.

La ciudad de Madrid tiene por sus características geomorfológicas una serie de elevaciones que se les puede considerar colinas. Está asentada sobre una especie de altozano en la cuenca hidrográfica del Tajo,

y más exactamente en la zona bañada por el río Manzanares caracterizada por una serie de elevaciones que se deben a que se trata de una cuenca sedimentaria que fue rellenada de materiales arrancados a la Sierra madrileña en tiempos inmemoriales, y se fueron depositando y sedimentando. Una vez colmatada, los ríos y los arroyos iniciaron un proceso de excavación de las arenas y arcillas depositadas en el fondo de la cuenca, dando lugar a una topografía con suaves elevaciones y pequeñas hondonadas. Pero, más que colinas en el entorno de la ciudad de Madrid lo que hay es una gran loma formada por materiales blandos, arcillas y arenas. Esta suave elevación topográfica, que lleva la dirección nortesur, está limitada por los ríos Manzanares y Jarama.

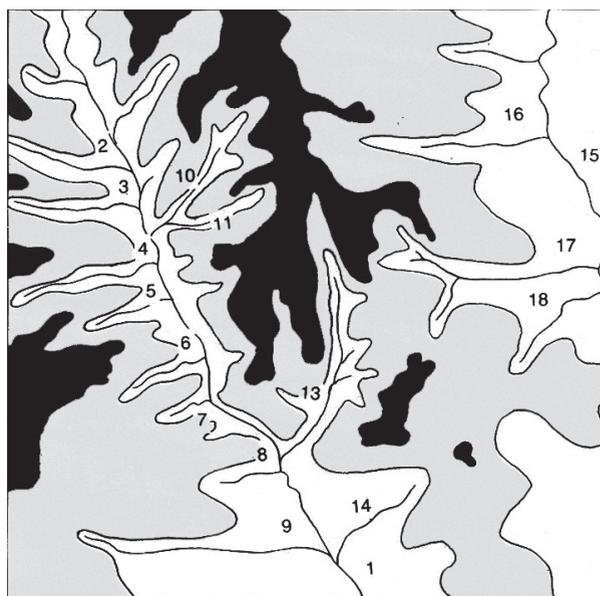


Figura 1. Ríos y arroyos en el entorno de Madrid. Se distinguen dos ríos: Manzanares (1) y Jarama (15) entre los cuales se desarrolla una loma en la que se encajan dos arroyos principales: Castellana y Abroñigal. (13) Al río Manzanares afluyen otros arroyos menores que dan lugar a una topografía a base de suaves altozanos; entre dos de ellos se encuentra la colina en la que se fundó Madrid señalada con un círculo.

Dos de los arroyos más importantes son el Alto y Bajo Abroñigal, que fluyen al río Manzanares, se corresponden con la actual M-30 y el Paseo de la Castellana. Otros arroyos menores son el de Leganitos, actual

Bajada de San Vicente, y el Matrice, calle de Segovia, ambos individualizan una colina sobre la que se fundó un campamento militar musulmán que dio origen a la ciudad de Madrid.

Wingaerde representó la ciudad, a mediados del siglo XVI, situada en una elevación limitada por dos arroyos, uno a la derecha, el arroyo del Arenal que nacía en una laguna que ocupaba la actual Plaza Mayor, antes plaza del Arrabal, más al oeste se encontraba otro arroyo, el de Leganitos. Hacia el este estaba el arroyo Matrice, actual calle de Segovia. Frente a este último se levanta otra elevación, las Vistillas. Por eso, vista desde el río Manzanares la primitiva ciudad medieval parece que está asentada sobre una colina.

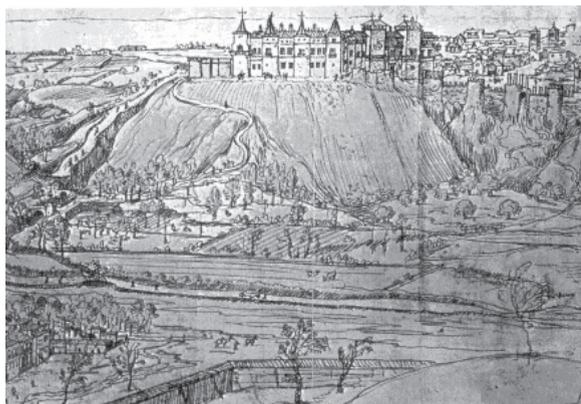


Figura 2. El Alcázar de los Austrias del códice de Viena por Wingaerde. Obsérvese como esta colina está situada entre el arroyo del Arenal a la izquierda y el Matrice a la derecha (actual calle de Segovia).

Este espacio natural va a entrar plenamente en la historia en los tiempos medievales (siglos IX y X), momento en que existían en España dos grandes áreas políticas y culturales: la cristiana que desde la cordillera cantábrica se expandía por toda la cuenca del río Duero, y la musulmana que se extendía desde la Cordillera Central hasta Andalucía. Esta región de cultura árabe era el núcleo científico, artístico y literario de Europa, sobre todo durante el siglo X. En líneas generales, puede establecerse que a mediados del siglo VIII por las guerras

civiles del norte de África, y por sequías y hambres, la Meseta norte quedó vacía, apareciendo lo que los historiadores han denominado el “desierto estratégico del Duero”. Durante el siglo IX se inicia un proceso de repoblación por parte de los cristianos del norte de estas tierras deshabitadas. En una primera fase se llega hasta el río Duero y posteriormente hasta la Cordillera Central. Es, a partir de entonces, cuando los posibles núcleos musulmanes de población que habitaban la hondonada actual de la calle de Segovia, por la que discurría el arroyo Matrice, subieron a la colina del actual Palacio, estableciendo un campamento militar, la Alcazaba, a partir del cual se desarrolló un área ocupada por la población civil y dedicada al comercio, la Medina. Este campamento militar fue fundado a mediados del siglo IX por el emir Muhamed I con el objetivo de defender la ciudad y el reino de Toledo de los posibles ataques de los cristianos del norte.

En la Edad Media fue muy importante el carácter defensivo de esta colina, por ejemplo, se resistió el ataque que en 1109 hicieron los almorávides, que instalaron su ejército en lo que hoy denominamos Campo del Moro; el emplazamiento estratégico hizo imposible que se pudiese conquistar la Villa. En esta época residieron largas temporadas casi todos los monarcas de Castilla y León, posiblemente en un palacio que estaba en el actual monasterio de las Descalzas Reales, al que hacen referencia los Fueros de 1202, que establecen distinción entre el Palacio y el Castillo. La causa de que la Villa fuese residencia real hay que encontrarla en la abundante caza que había entonces en los alrededores, actual Casa de Campo, Montes del Pardo. Este arte cinegético se basaba en la caza del oso, que está presente en el escudo de la ciudad junto al madroño, arbusto típicamente mediterráneo.

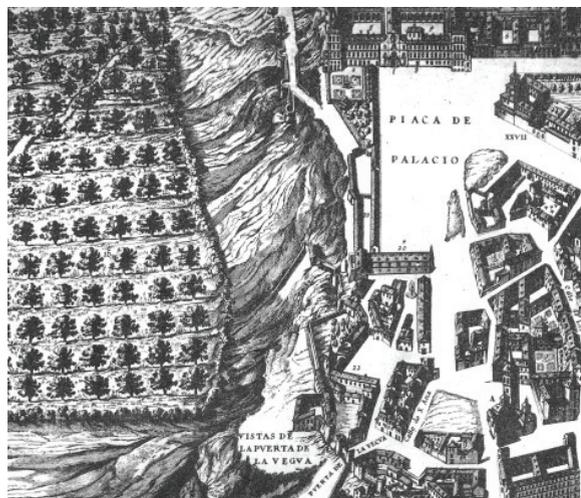


Figura 3. Palacio de los Austrias, según Texeira. Se observa la existencia de un pequeño escarpe labrado por el río Manzanares, que da un fuerte carácter defensivo. El Alcázar de los Austrias estaba orientado hacia el este.

El primer dato sobre el Alcázar aparece a mediados del siglo XIV cuando el rey don Pedro I realizó obras para fortificarlo y ampliarlo, intensificando su carácter defensivo que le sirvió ante el asedio que sufrió la Villa por las huestes de su hermano Enrique II. A pesar de su carácter inexpugnable, pudo ser conquistada por la traición de un paisano que tenía a su cargo la defensa de dos torres que abrió permitiendo pasar a los enemigos. Otro dato escrito se refiere al año 1389 en el que Juan I expidió un documento concediendo simbólicamente al rey de Armenia don León V, el príncipe desposeído por los turcos, el señorío de Madrid y de otros pueblos, en dicha concesión se indica que se reedificaron las torres del Alcázar. Los Reyes Católicos hicieron su entrada solemne en la ciudad en 1477; pero consta que por entonces residieron en las casas de don Pedro de Castilla, en la actual calle de Don Pedro, y no en el Alcázar. Será el emperador Carlos V el que después de la revuelta de las Comunidades lo reedifica y convierte en palacio. La importancia que el Emperador dio a la Villa de Madrid, y su situación, prácticamente en el centro de España, explica que su hijo Felipe II en 1561 trasladase la Corte a ella, residiendo en este edificio. En su alrededor, escribe Pedro Répide, hubo en tiempos de Enrique IV fiestas

de toros y de cañas, y en época de Felipe II se celebró en 1596, con los funámbulos llamados los Buratines, la primera función de circo que hubo en Madrid, allí se hallaban las famosas losas de Palacio lugar donde los ociosos paseaban al sol, y el más grande mentidero, donde se decía ciertas y falsas toda suerte de novedades”.

Gil González Dávila (1570-1658), cronista de los reinos de Castilla y de Indias escribió en 1623 Teatro de las Grandezas de la Villa de Madrid, Corte de los Reyes Católicos de España dedicado a Felipe IV. Describe de esta forma el Alcázar de los Austrias:

En la parte occidental de Madrid, en lo que antiguamente era el Alcázar Real, tiene su asiento el palacio de nuestros ínclitos reyes, que representa, por lo que se ve de fuera, la grandeza y autoridad de su príncipe, adornado de torres, chapiteles, portadas, ventanas, balcones y miradores. El interior del palacio se compone de patios, corredores, galerías, salas, capilla, oratorios, aposentos, retretes, parques, jardines y huertas, y camina la vista atravesando valles, ríos, arboledas y prados, y se detiene en las cumbres de las sierras de Guadarrama y Buitrago y en la que confina con el convento real del Escorial. En los patios principales tienen salas los consejos de Castilla, Aragón, Estado, Guerra, Italia, Flandes y Portugal, y en otro más apartado los consejos de Indias, Órdenes, Hacienda y Contaduría mayor.

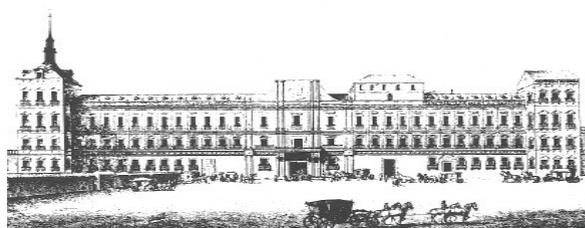


Figura 4. El Alcázar de los Austrias, según un grabado recogido por Mesonero Romanos.

Cuando a comienzos del siglo XVIII, después de una cruenta guerra de sucesión a la corona española, llegó el primer rey Borbón, Felipe V se encontró con una ciudad sucia, desorganizada, antiestética, con aspecto oriental, y falta de infraestructura urbana. Comparando al Alcázar con Versalles, le parecía viejo, antiguo y ruinoso. Por estas razones pensó en construir una

nueva mansión en el Buen Retiro, pero un hecho fortuito, el incendio del viejo palacio la nochebuena de 1734, hizo cambiar de opción. Es probable que el fuego fuera accidental, aunque por la Corte circuló el rumor de que el propio soberano lo había promovido. Se construyó el actual Palacio real sobre el terreno del antiguo Alcázar para enlazar simbólicamente con la dinastía de los Austrias. Este cambio determinó reorganizar la planta en función del solar definitivo, que es mucho más pequeño y de difícil topografía. La adaptación realizada por Juan Bautista Sachetti supuso la eliminación de los patios proyectados quedando sólo uno que organiza todo el edificio, siguiendo el esquema de los alcázares españoles. Carlos III fue el primer rey que ocupó el palacio, continuándose las obras del mismo bajo la dirección de Francisco Sabatini, que eliminó la ornamentación escultórica exterior y proyectó la ampliación del edificio por los lados norte y sur

Todo esta parte de la ciudad a principio del siglo XIX se encontraba en un estado lamentable ya que el Palacio Real se hallaba completamente rodeado por una serie de pequeñas calles de construcciones muy pobres y carecía, por tanto, de perspectivas monumentales que acentuarán su importancia en el entorno urbano. Ante esta situación durante el breve reinado de José Bonaparte se proyectó una remodelación del entorno, desapareciendo todas las casas y callejuelas que rodeaban al inmueble histórico más simbólico del momento. Teniendo en cuenta que Madrid contaba únicamente con un gran espacio abierto, la Plaza Mayor, se proyectó abrir otro frente a Palacio: la Plaza de Oriente. Está rodeada de estatuas que representan a los reyes españoles. En el centro de la plaza hay una estatua ecuestre de Felipe IV que se hallaba en el Buen Retiro, obra fundida por Pietro Tacca según cálculos de Galileo Galilei que ideó una solución para que se mantuviese en equilibrio: la parte posterior es maciza y la delantera hueca.



Figura 5. Estatua de Felipe IV con el Palacio de Oriente al fondo

La plaza ha sufrido una nueva remodelación en la década de 1990 con un proyecto que introdujo un aparcamiento en el subsuelo y un paso subterráneo frente al Palacio Real, con el fin de permitir la circulación peatonal en todo su ámbito, dando lugar a uno de los espacios más emblemáticos de la ciudad.

Hacia el este hay una explanada en la que se alza la reciente terminada catedral de La Almudena frente a la plaza de la Armería. Las ciudades de Castilla pujaban entre ellas por tener la mejor y más grande catedral, que era símbolo de grandeza y esplendor de la burguesía que se formó al final de la Edad Media. No obstante, Madrid, capital del Imperio, no tuvo jamás una catedral digna de su importancia, careciendo, bajo este punto de vista, del atractivo que tienen otras ciudades como Toledo, Valladolid, Burgos, Segovia, etc. Téngase en cuenta que la Villa y Corte entra en la historia cuando dichas ciudades tienen un importante patrimonio histórico y artístico; hasta mediados del siglo XVII no se traslada la Corte, momento en el que la ciudad empieza su desarrollo. Por ello, hacía las veces de iglesia mayor el pequeño templo de la Almudena.

La necesidad de una catedral digna de esta ciudad se manifestó en la época de los Austrias, pero siempre se opuso a la construcción de la misma al arzobispado de Toledo tanto en tiempo de Carlos V, que intentó restaurar y ampliar la antigua iglesia de la Almudena, como en el reinado de

Felipe III. En los terrenos situados alrededor de la misma Felipe IV colocó con grandes festejos la primera piedra de la catedral el 15 de noviembre de 1623 por manifiesto deseo de Isabel de Borbón, que en su testamento dejó sesenta mil ducados para la construcción de la nueva catedral a los que se añadieron otros ciento cincuenta mil de la Villa de Madrid. No obstante, no llegó a empezarse la construcción de la nueva obra.

A finales del siglo XIX unas obras de reordenación urbana fueron el motivo que se plantease de nuevo la idea construir una catedral ya que dicha remodelación supuso la desaparición de la iglesia de la Almudena, que sobresalía tanto en la calle Mayor como en la calle de Bailén. Se reordenaron las manzanas, derribándose el templo en 1870. Para suplirlo se planteó construir la actual catedral de la Almudena, partiendo de la idea de vincular una gran iglesia al Palacio Real. Los primeros planos fueron trazados durante el reinado de Alfonso XII en 1879 por Francisco de Cubas con la idea de que sirviese de panteón para la fallecida reina M^a de la Mercedes. La primera piedra se puso en 1883 tras realizar grandes desmontes que eran necesarios.

El proyectado templo seguía los patrones del gótico francés del siglo XIII, sumando elementos de las catedrales de Reims, cuya cabecera repite, Chartres y León. Incluía una grancrypta románica, inaugurada en 1911, pero las obras se suspendieron durante la Guerra Civil y se reanudaron, con escasos recursos, en 1939. A partir de entonces cambian los criterios estéticos y no se considera adecuada una catedral gótica por el contraste que producía en el entorno. En 1944 la Dirección General de Bellas Artes convocó un concurso nacional para dar una nueva solución arquitectónica, que fue ganado por Fernando Chueca Goitia. El proyecto definitivo, que presenta importantes variaciones respecto al del siglo XIX, sobre todo en los alzados, la cúpula y en la fachada principal, adopta un aire más acorde con el barroco clasicista del Palacio Real, planteando integrar la iglesia en la composición del palacio, formando un

núcleo cerrado.

El interior se mantuvo en estilo gótico, pero transformando los alzados, bajando la altura de la nave mayor y eliminando las bóvedas de crucería. En 1950 se reiniciaron las obras, terminándose el claustro en 1955 y la fachada principal en 1960, a falta de elementos decorativos. Aunque las obras estuvieron paralizadas algunos años se terminaron en los últimos años del siglo XX.



Figura 6. Fachada de la catedral de Madrid que se encuentra más acorde con el estilo del Palacio Real.

Inmediatamente después de la guerra civil española, se intentó reordenar esta zona con la llamada “Cornisa Imperial del Manzanares”, eligiéndose este emplazamiento por sus valores topográficos, por su tradición histórica y por sus posibilidades representativas. La cornisa de las colinas que miran al río Manzanares reúne el paisaje típico velazqueño de la sierra madrileña, la belleza de las luces de poniente, el prestigio histórico de sus construcciones. A ello se añade el recuerdo histórico de la primera reconquista por Alfonso VI en 1083, y la emoción por la segunda durante los años recientes de la guerra civil. Por ello, el valor

simbólico que tiene toda esta zona debe ser exaltado por el urbanismo y la arquitectura del Nuevo Estado.

Tres edificios representarían simbólicamente a la religión, cultura y política, encarnados por la Catedral, sin terminar de construir, el Palacio Real y la Casa del Partido, que se situaría en la colina del oeste, Príncipe Pío, sobre el llamado “grado solar del Cuartel de la Montaña, en el que se dio un cruento episodio los primeros días de la sublevación militar. Con este conjunto arquitectónico se conseguiría el objetivo representativo marcado por los teóricos del franquismo: establecer el símbolo y representación del primer imperio y el punto de partida para la creación de la capital del Nuevo Estado. El conjunto se completaría en la margen izquierda del río con los edificios públicos del Paseo de Rosales, el Ministerio del Aire, la ciudad universitaria. En la margen derecha el Monumento a los caídos y a la Victoria en el cerro de Garabitas donde se situó el frente de guerra cerca de tres años, y al pie del mismo un gran salón para concentraciones patrióticas. Toda esta zona estaría unida por una gran avenida elevada con la margen derecha del río.



Figura 7. Dibujo de Antonio Cuenca que representa la “Cornisa Imperial del Manzanares”. A la derecha la catedral de la Almudena, símbolo de la religión, seguida del Palacio Real, que representaría simbólicamente a la cultura. A continuación se tendría que haber construido la Casa del Partido, que representaría la política. Por último el Ministerio del Aire. Obsérvese como con la construcción del Edificio España y la Torre de Madrid se rompe la perspectiva “imperial” e historicista.

Este significado que se pretendió dar a

“priori” por el régimen franquista quedó abandonado por el devenir de la vida internacional, pérdida de la segunda guerra mundial por parte de las potencias del eje, e implantación de una política de autarquía determinada por el hecho anterior. La posterior construcción del edificio España y de la torre de Madrid rompió la perspectiva monumental que se pretendía dar a todo este conjunto urbano. Todo este proceso entorno a la colina de El Alcázar es un claro ejemplo de cómo los poderes políticos intentan apropiarse de un espacio para darle “a priori” un significado, que los grupos sociales o el devenir de la historia trastoca.

OTRAS COLINAS SIMBÓLICAS EN LAS CIUDADES.

En la ciudad de Madrid se encuentran otras colinas con un fuerte significado cultural dado a las mismas no por el poder político sino por los grupos sociales asociados a las mismas. Este es el caso de la colina en la que se asentó, en las cercanías de El Paseo de la Castellana, la Residencia de Estudiantes, autentico núcleo motor de la cultura y de la ciencia de las tres primeras décadas del siglo XX. . El poeta Juan Ramón Jiménez que vivió en la Residencia entre 1913-1916, describe de esta forma la colina de los chopos:

Ya el cielo está gris y rosa para el anochecer. De pronto, al desembocar en la calle del Pinar, se ve allá en el alto fin de las bocacalles a oriente la luna grande redonda.

De allí mismo casi, del polvo de oro, suenan leves las campanillas de unas cabras crepusculares. Y bajo la luna, en paz más que nada de la calle, las cabras se vienen a entrar en el establo irreal de nuestra alma acogedora, negro, lento, rojo, gracioso, elástico, fragante.

Superponiéndose a la calle, surge una colina verde, y haciendo río los adoquines grises, orillas la acera, valle el corazón, anda la calle como un río. Y suenan las campanillas por estas orillas con eco de nuestras sienas y pasan quedándose las cabras, transeúntes y limitadas.

Y ¿por qué nos hacen buenos más que los hombres y las mujeres que pasan estas cabras que ramonean suaves en nosotros mismos como si fuéramos

árboles verdes brotados?

En la ciudad de Porto Alegre existe también un altozano con un gran significado político y religioso, que ya recogió Saint-Hilaire en la primera mitad del siglo XIX. Hace referencia a esta colina en la que estaban situadas tres grandes construcciones: el Palacio, la Iglesia y el Palacio de Justicia en la Plaza Matriz, cuyo nombre ya nos indica el valor que tienen como centro neurálgico de la ciudad. Estos “edificios construidos en lo alto de la colina no presentan otra belleza que la de su situación (Saint Hilaire, p.44), por el emplazamiento de los mismos respecto a la parte antigua de la ciudad se le puede considerar una colina que encierra un fuerte simbolismo. Por tanto, es su situación topográfica la que determina su valor simbólico que refleja la alianza Iglesia-Estado: la iglesia de Nuestra Señora Madre de Díos, el Palacio de Barro, sede del gobierno durante un centenar de años, y el Palacio de Justicia.

Estas construcciones van a desaparecer en la década de los veinte del siglo pasado durante la que se remodela toda la zona afianzándose su carácter político-religioso. Esta zona es un claro ejemplo de la evolución de los espacios simbólicos en el sentido del afianzamiento de sus significaciones.

En 1921 en el Palacio Piritani se instala la sede del gobierno de Rio Grande do Sul. A pesar de la modernidad del edificio, está inspirado en los estilos clásicos. Algunas de las obras de arte que alberga rinden homenaje a los “bandeirantes” primeros exploradores de la región, así como al perfil emprendedor de los “gauchos” que con su perfil comercial e industrial, han dado un carácter particular a esta

región.



Figura 8. Palacio Piratini, sede del gobierno del Estado de Río Grande do Sul

El año 1921 se puso la primera piedra de la catedral, que proyectada por el arquitecto italiano Giovenale, tiene un marcado carácter renacentista y evocaciones a la basílica de San Pedro de Roma (especialmente en la cúpula del edificio). En ella se destacan unos capitales con cabezas de indígenas que soportan el peso de la Iglesia, representada por el edificio.



Figura 9. El sufrimiento del indígena que se encuentra fuera de la sede de la Iglesia Católica se ve perfectamente reflejado en su rostro.

Además se encuentra el Palacio Farroupilha, que es la sede del Parlamento regional, representa la Revolución Farroupilha, movimiento que resultó en la proclamación de la “República Riograndense” el 20 de

septiembre de 1835 y que duró por 10 años. Comandados por Bento Gonçalves, que fue jefe y presidente de la nueva república.



Figura 10. Detalle de la fachada, cargada de simbolismo, del Palacio Farroupilha

En su lucha tuvo, entre otros, a Giuseppe Garibaldi que participó de diversas batallas contra las tropas imperiales. En 1845 hubo un acuerdo con el Emperador de Brasil y los Farrapos (como eran llamados) entregaron sus armas y terminó la nueva república.

Por tanto, desde la antigüedad clásica en que las acrópolis estaban situadas sobre colinas, éstas han tenido un significado especial en los que hemos definido espacio simbólicos de las ciudades.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AGUIRRE, A. **Diccionario temático de Antropología**. Barcelona: Boixareu, 1993.

AYLLÓN, Manuel . **Espacio y simbolismo**. Madrid: Iberediciones, 1993.

APPLEYARD, K., LYNCH, K.; y MEYER, J.R. **The View from the Road**. Cambridge (Mass., USA): MIT Press, 1964.

BAILLY, Antoine. **La percepción del espacio urbano**. Madrid, Instituto Estudios de la Administración Local, 1979.

BAILLY, A et ali . **A la découverte de l'espace urbain. Géographie des représentations et excurion de géographie urbaine. Représentations spatiales et**

dinamiques urbaines et regionales. Dept. d'Etudes Urbaines, Universit, du Quebec, Montreal, 1986.

BEAUJEU-GARNIER y CHABPOT, G. **Tratado de geografía urbana** Barcelona: Vicens Vives, 1970.

BERTRAND, N. J. **Les espaces humains d'un paysage., L'Espace Géographique**, nº 2, París, 1974.

BLOOMER, Kent C - MOORE, Charles. **Cuerpo, memoria y arquitectura**. Madrid: H. Blume, 1983.

BOSQUE MAUREL, Joaquín,. **El espacio urbano. Evolución y cambio en Geografía urbana**. En García Ballesteros. A. (cor.): **Teoría y práctica de la Geografía**. Madrid: Alhambra Universidad, 1986.

BOSQUE MAUREL, J-ORTEGA ALBA, F., **Comentário de textos geográficos**. Barcelona: Oikos-tau, 1995.

BACHELARD, G. **La poética del espacio**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1965. (Edición original en francés en Paris: PUF, 1957).

BOULDING, K. **The image**. Ann Arbor:University of Michigan Press, 1956

BRONFENBRENNER, Urie, **La ecología del desarrollo humano. Cognición y desarrollo humano**. Barcelona: Paidós.

BUERO, Carlos . **La conservación del paisaje urbano desde el punto de vista fenomenológico. Ciudad y Territorio**, nº 83, 1990

BUERO, Carlos. **Cambio, tiempo y topofilia**. In **Geografía y humanismo**, editor García Ballesteros, Aurora, Barcelona: Okos-Tau, 1992.

BUTTNER, A . **Les temps, l'espace et le monde vécu. L'espace géographique**, nº 4, 1980.

BUTTNER, A. **Sociedad y medio en la tradición geográfica francesa**. Barcelona: Oikos- tau, 1980.

CAPEL, Horacio. **Filosofía y ciencia en la Geografía contemporánea. Una introducción a la Geografía**, Barcelona: Barcanova, 1981.

CASTELLS, M. **La cuestión urbana**. México: Siglo XXI, 1988.

CASTRO AGUIRRE, Constancio. **La geografía en la vida cotidiana**. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1987.

- CASTRO AGUIRRE, Constanco. Mapas cognitivos ¿qué son? ¿Cómo explorarlos?, **Didáctica Geographica**, nº 3, 2ª época, 1999..
- CHORLEY, Richard. **Nuevas tendencias en Geografía**, Madrid: Instituto Estudios Administración Local, 1975.
- ELIADE, M. **Lo sagrado y lo profano**. Barcelona: Labor, 1983.
- FERRATER MORA, José. **Diccionario de Filosofía**. Buenos Aires: Ed. Sudamericana, 5ª edición, 1965.
- GARCÍA RAMÓN, Dolors. **Teoría y método de la Geografía humana anglosajona**. Barcelona, Ariel, 1985.
- HAGGET, P. y CHORLEY, R.J. **La geografía y los modelos socio-económicos**, Madrid: Instituto de Estudio de la Administración Local, 1971 (1968).
- HAGGETT, P. **Análisis locacional en Geografía Humana**. Barcelona: Gustavo Gili, 1976 (1965).
- HARVEY, D. **Urbanismo y desigualdad social**. Madrid, Siglo XXI, 1977.
- HERRERO FABREGAT, C. La formación simbólica del profesorado en Geografía. **Terra Livre**, nº 25, 2005.
- KRUPAT, E. **People in cities. The urban environment and its effects**. New York: Cambridge University Press, 1985.
- LEFEeuvre, H. **De lo rural a lo urbano**. Barcelona: Península. (Edición original en francés en París: Anthropos, 1970), 1971.
- LYNCH, Kevin. **La imagen de la ciudad**. México: G. Gili, 1984
- MÈLICH, Joan Carles. **Antropología simbólica y acción educativa**. Barcelona: Paidós, 1979.
- METTON, Alain. L'espace perçu. Diversité des approches, **L'espace géographique**, nº 4, 1979.
- METTON, Alain-BERTRAND, Michel-Jean, Les espaces vecus dans une grande agglomération, **L'Espace Géographique**, París, nº 2.
- NOGUE FONT, Joan. **Una lectura geográfico-humanista del paisatge de la Garrotes**. Girona: Col·legi Universitari-Diputació, 1985.
- NOGUE FONT, Joan. El paisaje existencial de cinco grupos de experiencia ambiental. Ensayo metodológico, en García Ballesteros, Aurora (ed.). **Geografía y Humanismo**. Barcelona: Oikos-tau, 1992.
- RAPOPORT, A. Simbolismo y diseño del entorno, en RAPAPORT, A. **Aspectos de la calidad del entorno**, Barcelona: La Gaya Ciencia, 1974.
- SAINT-HILAIRE, Auguste de. **Viagem ao Rio Grande do Sul**. Porto Aelgre: Martins Livreiro Editor, 1987.
- STOETZEL, J. **Psicología Social**. Marfil: Alcoy, 1966.
- TURNER, J.C. **Redescubrir el grupo social**. Madrid: Morata, 1990. (Edición original en inglés en Oxford: Basil Blackwell, 1987).
- WOODS, Peter. **La Escuela por dentro. La etnografía en la investigación educativa**. Madrid, 1996. Paidós-M.E.C, 1ª reimpresión 1989.
- YABLONOSY, L. **The Hippie Trip**. Nueva York, Pegassus, 1968.

(Recebido em 05/09/2007 e aceito para publicação em 30/10/2007)